Las lecciones que un pedante
Me ha encajado de astrológia,
En el año que principia
Habrá cosas portentosas.....
Habrá.... ¡Jesús...! me espeluzno
Al mentar las tales cosas....
Habrá... escribanos...—(bajito)
Y... pleitos... ¡calla! y camorras,
Boticarios.... refacciones,
Y autos... y vistos... y... Costas!
Petardistas y.... tramposos....
Y limosneros en tropas.
Abrenuncio! ¡qué rosario!
Y aun no es todo, mis señoras;
Que habrá tambien mil *pedantes*
Y literatos de moda
Que mil dramas nos parfullan
Con tal mágia y bataola,
Que la dama muera ahorcada,
El galan se vuelva loma,
El gracioso un para-rayos,
Y los demás culebrotas....
Saliendo el apuntador
Un espectro de su concha
Que á sus lúgubres graznidos
El teatro se desploma.
Habrá tambien pelagatos
Que las echen de personas,
Y niñitas inocentes
Que á quererlos se dispongan
Porque llevan pantalones
Y casaquitas de Anglona,
Y espejuelos y patillas,
Y una guadaña con borlas.
Y *mamitas* indulgentes
Que duerman en sus poltronas
Mientras los chicos ¡qué gracia!
Pelan la pava á sus solas
(Con modestia, se comprende)
Al compás de lo que ronca....
Mas ¿qué digo? frioleras
Por corriente tales bromas
No se han hecho ya? y merecen
Se les llame portentosas...?
Pues borrarlas, mis queridas,
Que voy á la *Filarmónica*
A bailar una *mazurka*
Gran *rigodón* ó *gavota*....
¡Ay, cuántas lindas muchachas!
Toda el alma me la roban...!
—Señorita, si usted gusta,
Esta danza que se toca...—
—Estoy ya comprometida.—
(Pasaremos á esta otra.)
—Quién viene á citar á un baile?
Esa es costumbre ranciosa
Aquí baila cada uno,
Entiende usted, con su novia,
Y el que nó, *comiendo pavo*
Paga su incuria amatoria.—
En esto rapante pifia
Del clarinete y la trompa,
Que repite el contrabajo
Con sus *tremolantes notas*
(Que dá todos los sonidos
Menos lo que indican solfa)
Me estremecen y... despierto
Rebujado con mi colcha.
Limpiéme muy bien los ojos,
Y abriendo un palmo de boca,
Y pensando en lo soñado
Me dije yo acá á mis solas:
—Esta visión que he tenido
Del año nuevo es chistosa...!
Y merece la publique
En sus columnas la *Aurora*
Por sus puntas de verdades
Con sus ribetes de bromas,
Con el más cumplido juicio
Que con arpa sonorosa
Pudiera formar del año
El poeta de más nota;
Con advertir que los sabios
A los astros acogotan
Y que mande Dios pesetas,
Y dejar rodar la bola.

DESPEDIDA A SELMIRA.

CANCION.

Adiós, Selmira amada,
Mi dulce y cara amiga,
Pura, cándida y bella,
Cual de un arroyo la serena linfa.
Adiós, que triste dejo
La tierra peregrina
Donde están mis amores,
Mis amistades, mi existencia misma.
Ignoro á dó me lleva
La triste suerte mía,
Mas nunca de mi mente
Se apartará tu imágen peregrina.
Cual tórtola asustada
En noche oscura y fría,
Del arcabuz al eco
El arbol deja dó su amante habita;
Y luego que la Aurora
Los cielos ilumina,
Torna al nido gozosa
Y arrullando salúdale festiva;
Así yo arrebatado
De la desgracia impía,
Voy á vagar incierto
Mientras pasa la noche de mis cuitas.
Y cuando la fortuna
Más plácida me ría,
Vendré, para ser tuyo
Hasta el último instante de mi vida.
Mi corazón te queda,
Y hasta ese feliz día
En que á vernos volvamos
No me olvides; adiós... adiós Selmira.

EL POETA.

En tanto que el mundo velado en su sombra
Nos hace en el lecho dormir y soñar,
Vagar solitario le es grato á un poeta,
En vírgenes montes, á orillas del mar.
Y si es donde el monte vecino á la playa
Sus pinos gigantes se ven descollar,

Mecerse los ramos, lucir las estrellas,
La arena bullirse, las ondas sonar;
Entónces no es hombre que huella la tierra,
Es genio que mide la etérea región,
Es arpa sagrada que suena en las nubes,
Proféticos himnos sus cánticos son.
El globo, tan solo parécele un punto
Opaco, invisible, de mera ficción,
Y vé entre los astros su sien coronada
Con palmas y olivas del monte Sión.

Mira de allí con horror
Este suelo engañador
Y advierte que es una feria
De falsedad y miseria
De tormento y de terror.
Y al ver la suerte fatal
Que en esta vida le toca
Exclama ¡infeliz mortal!
Y se escapa de su boca
Un bajo y cortado «¡mal...!»
Maldición, iba á decir;
Pero un trueno le sujeta
Que hace esta voz percibir;
«¡No ultrajes á Dios, poeta,
Tu misión no es maldecir...!»
Él entónces ledo mira
La nube que lanza el trueno,
Calla, obedece, suspira,
Y con ánimo sereno
Requiere su blanda lira.

Y canta á Jehová sagrado,
Unico bien que percibe
De los hombres olvidado;
Porque el hombre mientras vive
No merece ser cantado.
¡Ay! cuántas veces cantó
A muchos que justos fueron
Porque el mundo se engañó;
Y sus cantos se perdieron
Y él despues se arrepintió.
Ni á las beldades procura
Embellecer su arrebol,
Pues sabe por desventura
Que no es fijo como el Sol
El favor de la hermosura.
Ni ensalza en dulce canción
Las aparentes virtudes
Que mentidas sombras son;
Pues tiene de ingratitudes
Harto lleno el corazón.

Él solo dirije su canto al Eterno
Al Rey de los reyes, al Dios de Judá
Al Santo de santos, al justo, al sagrado,
Al fuerte, al glorioso divino Jehová.
Y el mundo le burla su cántico ovendo,
Y él quiere del mundo tener compasión,
¿Qué sabe la tierra lo que es un poeta?
¿Qué saben los hombres lo que es corazón?
Tan solo un poeta desprecia los bienes,
Él solo á las nubes levántase en pos
De lauros, de glorias, de eternos aplausos,
Tan solo el poeta comprende á su Dios.

UN SUEÑO.

A UN AMIGO.

La víspera de tu día
Que es signo de mi fortuna,
El Sol marchádose había;
Solo brillaba la Luna
En tanto que yo dormía.
Como dormí vacilando
En la deuda que te estaba,
Mi ineptitud lamentando,
Soñé que te saludaba,
Y te saludé sonando.
Mi corazón presumí
Ver desnudo del amor
Que siempre muestra hácia tí,
Y agobiado de dolor
Interrogábale así.
«¿Donde está, corazón, el fuego santo
Que en más próspero tiempo te animaba?
¿Dó el dulcísimo encanto
Que en los opuestos polos resonaba,
Cuando con blanda lira
Del hado osaste desdeñar la injuria,
Como peñasco altivo que resiste
Del huracan horrísono la furia,
Y aparecer supiste
Claro, puro, luciente y sin mancilla?
Alegre y candoroso
Como el rey de los astros luminoso
Cuando despues de la tormenta brilla;
¿Qué, se extinguió la celestina llama
Innata y pura que en tu centro ardía?
Cuyas ígneas partículas, más llenas
Estaban de sagrada poesía,
Que los desiertos líbicos de arenas,
Que el cielo de astros en la noche fría,
Que el mar de oleadas y de luz el día.»—
«¡Extinguirse un volcan...! no se quebranta
Jamás un don que el cielo dá propicio.
¿Quieres loar el bello natalicio
De tu incansable protector? levanta
La frente sin temor, y en grato verso
Por la vasta extensión del Universo
Rápido vuela y sus natales canta.»
Esto dijo una voz en el espacio,

Que inmenso gozo al corazón inspira.
Abrí los ojos, percibí una lira
Con cuerdas de oro; un plectro de topacio.
Tomé sin despertar maquinalmente
Estos objetos que encontré á mi lado,
Y de mágico contento arrebatado
Canté soñando tu dichoso oriente.
Canté tu nacimiento,
Símbolo de ventura y de contento,
Como el Ságua sonoro,
Que extasiando las almas,
Nace entre verdes palmas
Y se desliza sobre arenas de oro.
Canté tu edad lozana,
Cándida como estrella en la mañana,
Y tu lealtad sincera,
Tu trato afable y fino,
Cual jazmin peregrino
Que embalsama la dulce Primavera.
Mas al cantar ansioso
Tu natural modesto y generoso,
Lo sentí sin pintarte,
Pues aunque el alma mía
Inspiración tenía,
Faltábame la voz para alabarte.
Desperté alborozado
Creyéndote de lauros coronado,
Mas torné el gozo en ira
No hallando el canto pleno,
Y de inspiración lleno,
Quise romper las cuerdas de la lira.
Arrepentíme luego
De mi iracundo intempestivo fuego;
Pues si faltan laudes
Que te ensalcen dichosos,
Sobran hechos gloriosos
Que proclaman al mundo tus virtudes.

A LA REINA DE LA HERMOSURA.

IMPROVISADA.

De oro al bordar la tropical cortina
No es tan bella la Aurora transparente
Ni tan hermosa se mostró Corina
En olímpica lid resplandeciente,
Cual tú en brillante carrosel divina
Entre el clamor de la cubana gente,
Y ámbares derramando como Flora,
Diste envidia á Corina y á la Aurora.

EL ECO DE LA GRUTA.

«Hijo de Hatuey, salud! dijeron ledas
Las altas cumbres y arenosas playas
Que ornan los campos de la vírgen Cuba;
Cuando el bajel velero divisaran
Conductor de su bardo, el dulce Heredia,
A quien cubriera de laurel la Fama.
Las bellas sienes de jazmin ceñidas
Sus Ninfas muestran y azucenas blancas,
Y al son del plectro que los vates pulsan,
En sacros himnos tus loores cantan.
No de otra suerte de Fingal las hijas
De Morven por las selvas solitarias,
Cánticos gratos de placer vertiendo,
Al palacio de Selma se acercaban
A victorear la deseada vuelta
De Osian, famoso por la voz y el arpa.
Yo, el más humilde y débil de los hijos
Que del índico mar la reina halaga,
En tu prez canto de lisonja ajeno;
Y cual la gota líquida que el Alba
Destila sobre el cáliz de una rosa,
Así mi voz será pura y sin mancha.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
Admite, pues, de quien tu ingenio admira
El Eco de la Gruta, que en las aguas
Del sesgo Yumurí cantan nereidas,
De aguinaldos y güines coronadas,
Y en la serena noche lo repiten
La voz de sus arroyos y sus palmas. (5)

A LA S.RA D.A C. E.

con motivo de cantar la Canción Habanera «La Bella Imágen.»

Tierna vírgen modesta y candorosa,
Rica de gracias, de atractivos llena,
¿Quién á tus labios de purpúrea rosa
Prestó esa risa celestial graciosa
Que á las almas sensibles enagena;
Y esa voz suave, dulce y armoniosa,
A tu garganta, tropical Sirena?

Si al hombre de los hombres olvidado,
Si al mortal que se mira combatido,
Por doquier de pesares asaltado,
Como bajel perdido
En borrascoso mar le fuese dado
Que un ángel diese á su canción oido:
Yo mi cítara entónces templaría
De tu guitarra al tono embelesante,
Y tu nombre feliz resonaría
Al agitar el plectro de diamante,
Como el himno del místico monarca,
Cuando al Rey de los reyes ofreciera
El sacrosanto templo en que debiera
Loar su gloria y conservar el arca.

Sí, Concha del mar, y del cielo
Concha divina y humana,
Emblema de la hermosura
Y compendio de las gracias.
A tí sola dió el Eterno
Esa incomprensible mágia
Que acomete, lidia y vence
Con una sola mirada.
Tú pulsas el instrumento
Creyendo que él te acompaña,
Y en tu entusiasmo no adviertes
Que le dan tus ecos alma.
Tú cantas «La Bella Imágen,»
Al compás de la guitarra,
Sin saber que eres tú misma
La «imágen bella» que cantas,
Y en verdad tú sola puedes
Con tan extrema abundancia
De celestiales virtudes
Pintar tu deidad sagrada.
Eres parecida al Sol
Que no hallando semejanza
En toda la creación
Cuando en el Zenit se halla,
Al ver que su imágen juega
En las cristalinas aguas,
Fúlgidos rayos le envía
Como signos de alabanza:
Y reverbera en las ondas
Figurando ígneas escamas,
Por complacerlas, sin ver
Que él mismo se rinde párias.
Goza, inocente deidad,
Tu primavera dorada;
Jamás su mano de hierro
Imprima en tí la desgracia.
Y en tanto que tu ventura
Mi acento al Olimpo alza;
Templa, toca, rie y vence,
Mira, triunfa, vive y canta.

A LOS OJOS DE MI AMADA.

Como en mitad de noche pavorosa
Que no alcanza la vista estrella alguna,
Por entre torvas nubes magestuosa
Serena asoma la brillante Luna,
Y aclarando su luz la selva hojosa
Ofrece al hombre célica fortuna;
Tal lucen en mi alma acongojada,
«Los negros ojos de mi prenda amada.»

Como la aurora de frescor vestida
Perlas regando en el pensil de Flora
Con alta frente de jazmin ceñida
Los verdes campos apacibles dora,
Y las aves con música lucida
Saludan á su cándida señora;
Así mi voz celebra entusiasmada
«Los negros ojos de mi prenda amada.»
Como á principios del Diciembre helado
Luce en el campo solitaria rosa
Siendo envidia del bosque deshojado,
Empírea gala de la amante Diosa,
Y en su cáliz Favonio enamorado
Plácido besa, y susurrante posa;
Así tienen mi lira electrizada
«Los negros ojos de mi prenda amada.»
Cual descubre en sus alas negra pluma
La blanca garza al suspender el vuelo,
Y finge alzada con belleza suma
Sutil lunar en la mitad del cielo;
O de un arroyo en la nevada espuma
Pinta una mancha si se abate al suelo;
Tal brillan en su frente delicada
«Los negros ojos de mi prenda amada.»
Como aspira balsámico tesoro
De flor en flor la mariposa linda
Que sobre rasgos de zafir y oro
Púrpura y plata á los claveles brinda,
Y entre azucenas, para más decoro,
No halla color que su hermosura rinda;
Así admiran las bellas, y me agrada,
«Los negros ojos de mi prenda amada.»
Ellos son mi placer, ellos mi gloria,
Mi único bien, mi dios, mi luz, mi guía:
Si risueños me miran, ¡qué victoria!
Si me ven con desden ¡desgracia impía!
Ellos solos ocupan mi memoria;
Pues lucen para gérmen de alegría
Como azabache en concha nacarada
«Los negros ojos de mi prenda amada.»

A LESBIA.

LA SEPARACION.

Adiós, Lesbia, el instante terrible
Muestra el tiempo voráz ya en su ala,
Y la hora temida señala
En su rápido, eterno, reloj.

Dulce amiga, mi pecho sensible
Tiembla, llora, y destierra el contento,
Al pensar en el fiero momento
«De pedirnos el último adiós.»
¡Cuál se pasan los tiempos de gloria!
Es el bien un fantasma embustero,
Como el Bóreas, fugaz y ligero!
Como el rayo, luciente y veloz!
A penar con la triste memoria
Nos condena la suerte enemiga,
¿Y tendremos valor, cara amiga,
«De pedirnos el último adiós?»
Cuando ardiente juramos; yo amarte,
Y tú serme constante y rendida,
«Hasta el fin, hasta el fin de la vida,»
Desde el cielo nos dijo una voz;
Mas si es fuerza ¡oh dolor! el dejarte,
Dulce Lesbia, sea pronto y gimiendo
Y evitemos el lance tremendo
«De pedirnos el último adiós,»
Dáme el chal que llevabas rosado,
Cuando el sí pronunciaste querido,
Y mil veces se vió humedecido
Con el llanto infeliz de los dos;
Volveré por morir á tu lado,
Cumpliré con el alma mi oferta,
Y del hondo sepulcro en la puerta
«Nos daremos el último adiós.»

EL SÍ.

A LESBIA.

Bien de mi vida, Lesbia adorada,
Juró mi pecho morir por tí,
Desde el instante que como Vénus
Ante mis ojos brillar te ví;
Pero el deleite que siente el alma
Es inefable desde que oí
Que pronunciabas aquel sagrado
Una y mil veces dichoso *Sí*
La clara luna que ostenta Enero,
La rosa bella del blondo Abril,
Están distantes de compararse
A tu precioso talle gentil.
Estabas linda cual prado y cielo
Cuando serena te conocí,
Y más que el cielo y el prado bella
En el momento de darme el *Sí*.

Como envidiosas miran las flores
Triunfante alzarse dentro el jardin
Laurel frondoso que halaga y besa
Las áureas alas de un serafin;
Así celosos hombres y genios
De mi ventura sin igual, ví
Que te observaban, divina Lesbia,
En el momento de darme el *Sí*.
Te contemplaba de gozo absorto,
Y ofreció el alma que te rendí,
Ser, mientras viva, fiel y constante,
Y si se ofrece, morir por tí.
No estaba en cielo, ni en mar, ni en tierra,
Ni estaba... vamos, no estaba en mí.
Y hasta las penas tornaste en gloria
En el momento de darme el *Sí*.
Hasta la tumba seré tu amante;
Mientras notares constancia en mí,
Jamás apagues el almo fuego
Que en tus dos soles brillantes ví;
Y estos dos versos pondrá mi afecto
Con esmeralda sobre rubí;
«Te amaré siempre cual te adoraba
En el momento de darme el *Sí*.»

LA ATALA.

CANCION.

Cese el Sol de brillar, cese el prado
De volar, cefirillos ligeros,
Y la Luna y fulgentes luceros
No más vuelvan su luz á esparcir.
Ronco silvo de Bóreas airado
Suene, en vez de trinar los jilgueros,
Y en lugar de sus cantos parleros
Fieros mónstruos se sientan rugir.
Pues ha muerto mi Atala ¿Qué importa
Que los astros despidan fulgores
Y se sequen las plantas y flores,
O el mar quiera la tierra invadir?
Mal los llantos mi pecho reporta:
Gocé un tiempo ¡infelices amores!
Y hoy desdichas, tormentos, rigores,
Sin mi Atala no puedo vivir.
Nunca ¡oh Dios! de mi alma se aparta
La dichosa y fatal noche fuerte
Que mis lazos cortó, ingrata suerte,
Causa eterna de eterno gemir:

¿Porqué tanta ¡ay de mí! pena harta
Me costára su mísera muerte?
Pues segun el dolor me lo advierte,
Sin mi Atala no puedo vivir.
Fué la hija de Lopez, mi cielo,
Cara amiga, dulcísima hermana,
Bella flor, que una sola mañana
Vió la Aurora nacer y morir.
Nada, nada me ofrece consuelo;
En la tarde, en la noche tirana
Crece más mi desdicha inhumana:
Sin mi Atala no puedo vivir.
Simagàn, mas quisiera haber muerto
En el fuego voraz devorado,
Que no ser por Atala librado
Para tantos tormentos sufrir;
Pero ya que en mitad del desierto
Lloro un bien que perdí no gozado,
Mi momento postrero es llegado:
Sin mi Atala no puedo vivir.
Adiós, padre, mi cuerpo te queda,
Haz que siga de Atala el sendero,
Y este breve epitafio ligero
Manda tú en mi sepulcro inscribir:
«Dios á Chaetas descanso conceda;
Aquí yace un amor verdadero;
Murió Atala su hechizo primero,
Y él sin ella no pudo vivir.»

A LA INGRATITUD DE SELMIRA.

CANCION.

Dulce tirana de mi existencia
A quien el alma toda rendí,
Oye los ayes que por tí vierto,
Y los suspiros que doy por tí;
Mas no insensible mi triste acento
Escuchar quieras por más rigor.
No seas ingrata con quien te adora,
Paga, Selmira, paga mi amor.
Yo ví tus ojos más relucientes
Que el fulgurante Sol tropical,
Y son tus labios y breves dientes
Nítida nácar, fino coral.
Quedé cautivo de tus virtudes,
Y de tus gracias y tu candor.
No seas ingrata con quien te ama,
Paga, Selmira, paga mi amor.

¿Cómo pudiera dejar de amarte
Si por tí el fuego de amor sentí?
¿Sino me canso de contemplarte?
¿Si me es gustoso morir por tí?
¿Y á tantos ruegos te muestras dura?
¿No te condueles de mi dolor?
No seas ingrata con quien te adora,
Paga, Selmira, paga mi amor.
Ni el soplo fiero de muerte airada
Extingue el Etna de mi pasion;
Estos acentos que oyes, Selmira,
Nacen del fondo del corazón:
Cuanto más tardes en ser mi amada
Más se acrecenta mi fino ardor.
No seas ingrata con quien te ama,
Paga, Selmira, paga mi amor.
El Sér Supremo que ol orbe rige
La llama inflama que yo encendí:
Luego Dios mismo mi afecto aprueba
Cuando me inspira pasión por tí.
Virtud, dulzura, gracia y belleza,
¿Quién las resiste? ¿dónde hay valor?
Ten de mis males piedad, bien mio;
Paga, Selmira, paga mi amor.
Si un rosal miro, tú eres la rosa
Más elegante que encuentro allí;
Si bailo y canto, si rio y lloro,
Todo, tirana, lo hago por tí:
¿Y tanto anhelo no tiene premio?
¿Cuándo se calma tanto rigor?
¿Quieres mi muerte? no seas ingrata;
Paga, Selmira, paga mi amor.

LA CONCHA MARINA.

A Don Eduardo Torres, Artista.

No siempre á la opulencia y la hermosura
Ha de ensalzar la pobre musa mía;
Hoy libre el plectro de lisonjas quiere
En prez sonar de un distinguido artista.
Perdona, pues, si tu modestia ofendo,
En premio del objeto que me anima.
Jamás músico fuí por regla ó arte,
Ni yo la estimo condición precisa,
Que en las artes de gusto, lo que agrada
Bueno ha de ser por consecuencia fija.
De la regia Semíramis al lado
En vano un español buscó mi vista,

Ora soberbio despreciando á Idreno
Belicoso Monarca de las Indias,
Rival sangriento del guerrero Arsaces
Desconociendo al encubierto Ninias,
O ya de insana rabia arrebatado
Vas á insultar de Nino las cenizas:
Su imágen horrorosa te amedrenta;
¡Acero aterrador su diestra vibra!
Y te cerca, y te aterra, y se estremece...!
Y haces estremecer á quien te mira.
Empero vuelves cual leon furioso
De la flebre voráz que te intimida,
Jurándote vengar; triunfar del hado,
Y de las sombras, y la muerte misma.
Ira exhalan tus ojos centelleantes,
Solo venganza, destrucción respiras...
Allí no eres un hombre, eres un rayo
Asur furioso, semi-dios de Asiria.
Vuelvo á buscarte Montalvan en Clara,
Y un grande veo que al engaño aspira;
Pero un grande instruido y de talento,
Aunque perverso de intención maligna.
El ayuda de cámara de un príncipe
Te hallo en la Cenicienta, á la vez misma
De éste el noble carácter sosteniendo,
Y mostrando su clase y gerarquía.
Fígaro interesado y complaciente
Vivaz y alegre en el teatro brillas;
Pues fingiendo en la escena, no eres Torres
Sino el mismo barbero de Sevilla.
Conozco que mi aplauso no es de moda
Por no ser de Parténope á las ninfas;
Pero el mérito es digno de alabanza,
Y doquiera que esté suene mi lira.
Una banda tejer puedo de rosas
Con que tu blanca frente ceñiría,
Mas son flores de amor, y como tales
Se deshojan en breve ó se marchitan.
Bríndote solo esta graciosa concha
En que del Iris los colores brillan,
Brotada en donde corre al mar sonante
La espumosa corriente del Canímar.
Que en su espalda, sus bordes, y su centro,
Presenta como tú, formas distintas,
Sin desmentir por ello la hermosura
Con que la ornó Naturaleza misma.
Tómala pues, y mi amistad con ella.
Concha es emblema de la patria mía,
Por ser vírgen que vive entre las ondas
Cual la reina feliz de las Antillas

LA AUSENCIA.

Como vuela arruyando entre las flores
La solitaria tórtola afligida,
Desoyendo á los dulces ruiseñores
Que al Sol entonan cánticos de vida;
Y solo busca al bien de sus amores
Llorando por las selvas escondida;
Lejos yo así de la que fino adoro,
Las amarguras de la ausencia lloro.
Cual cándida azucena separada
Del verde tallo que á brillar la incita,
Sin fuerza y sin fragancia deshojada,
Triste, deshecha, pálida y marchita,
Sobre la seca yerba abandonada
Llora el destino que su bien le quita;
Así yo que merced del cielo imploro,
Las amarguras de la ausencia lloro.
Como aparece en el rosado oriente
Velado el rostro de purpúreo manto
La blanca Aurora, que á Favonio siente
De ella apartado, y en fatal quebranto
De perlas orna el campo floreciente
Con las límpidas gotas de su llanto;
Así yo entre los velos del decoro
Las amarguras de la ausencia lloro.
Oye, imán de mi amor! oye mi acento,
Ven presto, ven si quieres que yo exista;
Mira que soy sin vida y sin aliento,
Tórtola amante, lejos de tu vista,
Blanca azucena que destroza el viento,
Y nueva aurora que su bien conquista;
Pues como estrella en el celeste coro,
Las amarguras de la ausencia lloro.

LAS VENTURAS DEL TRABAJO.

Dedicada al Doctor Don Manuel Gonzalez del Valle.

Por ti solo el trabajo ensalzo tanto,
« Tuya es la inspiración, tuyo es el canto. »

Hijos felices del virgíneo suelo
Que Flora cubre con su blondo manto,
Y en que derrama generoso el cielo
Copiosa lluvia de fecundo llanto;
Si gratos me escuchais, con ráudo vuelo
Plegue al Eterno que mi humilde canto